

# EL BIEN PÚBLICO

## DIARIO DE LA MAÑANA

SUSCRICION

Por un mes . . . . . \$ 1 50  
Un número del día . . . . . 0 10  
Un número atrasado . . . . . 0 90

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR  
Calle del Cerrito 84

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

## Almanaque

Martes 24 San Modesto.

## Efemérides

DIA 24—1608—NUESTRO DIA DE OCTUBRE.  
1525—BATAJIA DE PAVIA.

## EL BIEN PÚBLICO

MONTEVIDEO, FEBRERO 24 DE 1880

## Y cuáles la moraleja?

Nuestro colega La España vuelve a espetarnos un editorial, digno hermano de aquel primer artículo en que, so color de admitir las teorías que emitimos sobre el duelo, condenándolo por su puesto, atribuía embozadamente esta misma que deshonrosa, criminal costumbre, a la Iglesia y a la influencia de su espíritu en las sociedades católicas, dando a entender, no afirmándolo de una manera franca, que dicha influencia nunca produjo mejor sus efectos, que en aquellos tiempos en que dominaba sin contrapeso.

Tratando de refutar, pues, la contestación que le enderezamos, dice en su mencionado último artículo de fondo que nosotros hemos sacado de su quicio la cuestión para trasladarla al terreno que mas nos place.

Vamos con sus propias palabras a probarle que no. Espresabase, en efecto, de esta suerte en el artículo que inició la polémica que sostenemos.

«Dice la historia que la edad de oro de la Iglesia católica, fué la edad de oro del derecho de conquista, del derecho de la fuerza bruta, de los desafíos y pendencias, cosas que, bajo distinta forma, tienen por fondo una misma barbaridad única y verdadera».

«Dice la historia que cuando el catolicismo dominaba en Europa; cuando la sociedad era en manos de la Iglesia católica como en manos de un niño, que la modela a su antojo; cuando reyes y vasallos caían de rodillas a una orden del Papa; entonces era cuando estaba en todo su apogeo la teoría importada por los bárbaros del Norte; entonces era cuando no había un solo caballero honrado y católico, que quisiera ser digno de su nombre, que no tuviera siempre a mano el guante y la espada para arrojar el primero al rostro del atrevido que dudara de la limpieza de su sangre, y atravesar con la segunda el corazón del que pusiera en tela de juicio el misterio de la Santísima Trinidad o la sin par hermosura de la dama de sus pensamientos, u otras pampinas por el estilo».

«La historia nos dice que cuando en las ciudades católicas había un convento en cada calle, y una capilla en cada esquina, y una cruz en cada plaza y un escapolario pendiente de cada cuello; eran entonces los tiempos benditos en que el duelo estaba reglamentado, y era una institución social, y había duelos y cuchilladas cada noche, y las cuadrillas de bandoleros ponían en práctica la teoría de los bárbaros del norte, en todos los caminos y encrucijadas».

Ahora bien, interrogó a las entenderas del menester avisado qué espri me de ese pasaje, qué otra consecuencia arranca que no sea el gratuito y sistemático ataque a la Iglesia, ese blanco constante de sus tiros censurales?

No hay más que una disyuntiva que pedimos a La España nos la aclare:

O la Iglesia es parte o no es parte en la adopción de los duelos como medio de ventilar las querellas personales.

Si lo primero, sostenemos que es falso, diametralmente opuesto a la verdad histórica.

Si lo segundo, no hay cuestión y estamos en perfecto e inquebrantable acuerdo, y como generosos duelistas, debemos darnos la mano al reconocer que motivos injustos nos llevaron al campo del honor.

Si lo primero, repetimos, La España ha invadido el campo de la erudición, para espigar en él, guiado por las narraciones de una nodriza, y no por esa maestra severa que se llama la Historia.

Si lo segundo, el colega no poetiza sobre la historia como Boccaccio sobre el pudor, ni felizmente confunde el Evangelio, que predica ante todo la caridad, con el Koran de los musulmanes que estimula los bárbaros apetitos de la guerra.

Porque, ¿qué significa aquello de hacer coexistir la prosperidad de la Iglesia, tan próspera ahora como antes, con la prosperidad de las costumbres del duelo?

Significa culpabilizarla? O importa únicamente hacer una cita histórica y sin ton ni son que no tiene fuerza de lógica por que carece de relación con el principio que se sienta? Apelamos a la hidalguía del colega para que lo manifieste.

Por nuestra parte ya hemos probado que la Iglesia puso en aquellas edades en práctica las máximas de su fundador, trabajando por donde quiera por la civilización de las naciones sociedades y la deposición de las armas, y recordaremos ahora que al comienzo de aquellos tiempos el rey Luitprando por instancias y de acuerdo con el obispo Agobardo, se declararon contra el duelo. Ya hemos citado además las leyes canónicas que lo prohibían y aun podíamos dar una larga lista de obispos y Pontífices que declararon ignominiosa semejante costumbre.

El ejéremos sin embargo para mayor

abundamiento un pasaje de un insigne historiador moderno, en contraposición a las sardónicas ideas que insinúa el colega en sus párrafos al principio copiados.

«Si nos disgustan, (dice en un discurso) las violencias de los dominadores y el feroz libertinaje de los príncipes, podremos fijarnos y nos fijaremos en otra sociedad que buscaba, no las conquistas de la fuerza, sino la de las ideas que se ponía de parte del oprimido para sostenerle, para consolarle, mientras tronaba contra el poderoso amenazándolo en nombre del que pesa en su balanza las justicias humanas. Los señores derramaban torrentes de sangre a fin de arrebatarse algunos palcos de tierra, que debía cubrirlos a todos al día siguiente, y aquella sociedad, elevando sus miradas a la verdadera patria, difundía el amor al bien, al saber a la piedad; enseñaba a orar, abría albergue para los tristes, asilo para los perseguidos, escuelas para ignorantes; en medio de las luchas comunes intimaba la tregua y dirigía los tratados de paz; reemplazaba a los guerreros con monjes; oponía a la soledad del señor la asociación de los artesanos, y a los apetitos sensuales, la castidad de los monasterios; al orgullo individual, atincherado en las fortalezas, la humildad y el sacrificio para destruir la fuerza, no por medio de la espada, sino de la voluntad, doblegar la soberbia, no a la venganza, sino a la caridad; y hacer sentir al siglo el poder de la abnegación; y convertía en sagrado y bendito el valor, ejercido en luchas fratricidas, dirigiéndolo a rechazar a la Media Luna de las cupulas de Constantinopla, y de las playas de Sicilia, Mallorca y España».

Caracterizaba a aquella sociedad religiosa, el tomar a su cargo los empleos de la sociedad civil; hacer por instituto lo que mucho después se introdujo a consecuencia de un decreto. Si faltaba quien tuviese despejados y seguros los caminos, ella ponía cruces y tabernáculos para su salvaguardia; si faltaban posadas abría hospicios y ermitas; si no había asilos para la indigencia distribuía sopa a las puertas de los conventos; suplía la iluminación nocturna con las lámparas encendidas delante de las imágenes piadosas; levantaba el registro de la población con las partidas de bautismo de casamiento y de defunción, los mercados no estaban seguros sino al sagrado de las iglesias y el día de la fiesta del patrono; los restos del saber se concentraron en los conventos donde el futuro sabio, halló las únicas escuelas y el aldeaño modelos de la mejor agricultura; por último no existían correos, pero los frailes y misioneros ponían en comunicación a Roma con Islandia y el Catay, estableciendo además congregaciones para recoger los niños expositos y cuidar los enfermos, redimidos y cautivos».

Así piensa este historiador, en oposición a el colega que pinta esa aglomeración de conventos y religiosos como a los zánganos de la colmena.

En el artículo que contestamos asegura que el duelo prevaleció en la época que hablamos. Contrariamente a él, opinamos nosotros, como opinamos desde el principio, que el duelo decayó progresivamente en la edad media, siendo derivado de los usos de los bárbaros, y que únicamente la Iglesia contribuyó a esta decadencia.

Los motivos de las guerras privadas reconocen una causa esencialmente política y social, ajena a la influencia de la Iglesia: dicha causa provenía de los bárbaros, y subsistió mientras las irrupciones de estos fraccionó la unidad de las naciones estableciendo los señorios feudales.

Esta es nuestra opinión. Y cuál es la moraleja que saca de sus vagas opiniones La España? La esperamos.

## Revista de la Prensa

La Nación saluda a Paysandú por la fiesta de paz y trabajo que ha iniciado y recomienda a los opositores mediten sobre el significado de dicha fiesta.

El Siglo contesta a alguien que supone que escribe en La Nación sobre intervenciones diplomáticas, pues creyó que discutía con el señor Bauzá, resultando no ser el señor Bauzá el que escribe. Pero como quiera que sea, le dice (supongamos que a La Nación) que no cree por mas que se lo porfien que este Gobierno acepte las teorías del incognito escritor, y que menos cree todavía que un representante diplomático de esta República en la Argentina, no reclamase particularmente del enrolamiento de un súbdito oriental. Piensa que estas gestiones se divorcian perfectamente del carácter oficial del representante, quien por cuerda privada está en derecho de entablarlas.

La Colonia Española reproduce un editorial de la Tribuna Popular en que diserta sobre la esterilidad de las propagandas de la prensa debida al mal camino que toma la prensa misma.

La France comenta las opiniones del Curioso aquel que le dirigió una carta que versaba sobre la reorganización de la Mesa de Control.

A Patria contestando los artículos del Courrier de la Plata, sostiene que el

Brasil no ambiciona ni necesita de la anexión de esta República.

L'Italia Nuova discute con El Diario del Comercio sobre la libertad de enseñanza; y con motivo de la gracia que han impetrado S. M. Alfonso XII para que se le conmute la pena de muerte al regicida Otero, hace otro tanto sobre el derecho de gracia.

Felicita L'Era Italiana al Gobierno por la creación de la Escuela de Artes y Oficios, fundándose en el carácter de esta clase de establecimientos y en que comienza ya a dar sus frutos al tomar parte en la Exposición-Feria de Paysandú.

El Diario del Comercio no trae editorial.

La Tribuna Popular le dice a El Siglo que se atribuye la victoria antes de tiempo, en la polémica que con La Razon sostiene.

Dice también que El Siglo no está en esta ocasión en la verdad, pues no es legal a su juicio la elección de Presidente del Senado recaída en la persona de quien es interino de la República.

El Ferrocarril sin editorial.

La España dice que el señor de las tres estrellas no le ha probado lo que ella deseaba, esto es: que la civilización es mayor en los pueblos católicos que en los que no lo son. Según el colega se ha reducido a señalar los lunares de la civilización en las naciones protestantes.

Podemos asegurarle que el señor de las tres estrellas no ha hecho retirada ninguna si La España está por la polémica.

—Continúa su artículo sobre la tentativa de asesinato al Czar de las Rusias.

## El racionalismo ante Leon XIII

III

(Continúa)

Sabiendo ya como el Papa juzga al racionalismo de buena y de mala ley, con solo fijarse en su respectiva naturaleza, veamos ahora, aunque sea rápidamente, lo que nos dice el mismo sistema, estudiado bajo el punto de vista de su origen.

Dos son los puntos de partida u orígenes del racionalismo: interior y filosófico el uno y exterior e histórico el otro. Su raíz primera está en la debilidad del espíritu humano, en su misma inteligencia de sí finita, limitada, iluminada unas veces por los fecundos rayos del sol de la verdad y envuelta otras veces en la negra y orgullosa sombra del error o de la duda.

Qué hermosa se presenta la inteligencia humana cuando, persuadida de su propia impotencia, en medio de los celajes y tinieblas que por do quiera le rodean, se declara impotente por sí misma, sin el auxilio de la Religión católica, para explicar satisfactoriamente los altísimos y profundos misterios que encierra el catolicismo y se acoge gustosa al testimonio racional de una autoridad infalible (¿Qué feo y horroroso, por el contrario, es el espíritu que amando con exceso su independencia, rechaza toda sujeción o autoridad, piensa rebajarse, si recibe la verdad de la fuente purísima de sabiduría! Esa independencia exagerada e irracional del espíritu humano, esa y no otra, no lo dudamos, es la causa primera del racionalismo, que se ve por ella misma condenada.

No es solo el orgullo el gran móvil de esa lucha titánica que se establece contra el catolicismo, lo es también la concupiscencia, la voluptuosidad, que haciendo al hombre e-clavo de sus pasiones, le infunde el desprecio de los dogmas y prácticas católicas, le hace pisotear los deberes mas sagrados, a fin de poder vivir libre e independiente y disfrutar a su anchura de todos los gozes y deleites por innobles e inmundos que sean. El corazón en este caso es el que corrompe la cabeza y ambos a su vez inflacionan el espíritu con el virus del deleite y del orgullo.

Existen además en nuestros días otra causa eficiente del racionalismo, causa práctica, muy eficaz y extendida, que da una idea muy triste de los tiempos en que vivimos: tal es la ignorancia del cristianismo. ¡Cuántos espíritus hay, esceptuando del sacerdocio católico, y otro por desgracia muy contado número de personas, que se hayan ocupado seriamente del mismo? ¡Cuántos hay que tengan de él un conocimiento completo, racional y profundo? ¡Cuántos nos los literatos, filósofos sabios y escritores que posean la ciencia del cristianismo? Los mas han recibido de éste en la infancia un conocimiento incompleto, superficial; han hecho mas tarde algunas lecturas rápidas del mismo, han oído después algunos discursos más rápidos aun, y esto es lo que constituye todo el caudal de sus conocimientos en la materia: con ellos se juzga al cristianismo, se falla soberanamente sobre su valor, su constitución y sus dogmas; y se declara poco digno del espíritu humano y del progreso de las luces. ¡Es esto serio? Es razonable? No es antes bien, una locura juzgar sin el debido conocimiento de causa una institución que cuenta diez y nueve siglos de existencia, que ha resuelto satisfactoriamente todas las cuestiones que mas interesaban a la humanidad, la religión del mundo civilizado, la de las

grandes inteligencias que han sacado de ella sus mejores inspiraciones?

He ahí, pues, como la ignorancia engendra el racionalismo, siendo de ello una prueba elocuente los mismos incrédulos y racionalistas que han abrazado la verdad cristiana, después de haber recorrido el círculo del error y de haber hecho de paso tan importantes como significativas declaraciones.

Tal es el origen íntimo del racionalismo; conviene ahora dirigir nuestras miradas sobre el histórico o externo. Dejémosnos de examinar el poderoso influjo de la razón humana, divorciándose de la revelación primitiva y de la mosaica, y fijémosnos solamente en la cristiana.

El espíritu humano formado por el cristianismo, nutrido con sus doctrinas, aunque no tardara mucho tiempo en revelarse contra la autoridad de la Iglesia católica, conservó por muchos siglos hasta la época del protestantismo el respeto a la revelación divina, al elemento sobrenatural; mas al llegar al siglo XVI las innumerables sectas que nacían del seno de la pseudo-reforma condujeron rápidamente el espíritu humano a una negación radical y suprema. En vida del mismo herejesarca Lutero, y sobre todo después de su muerte, se tomó al pie de la letra el principio del libre examen y se aplicó al cristianismo por entero. Como se rechazaba la enseñanza de la Iglesia y de la Tradición, la Sagrada Escritura y la razón quedaban solas frente a la una y la otra, sirviendo la última para explicar y aclarar la primera; qué confusión y qué discordancia tan general y manifiesta!

En medio de tantas y tan diversas interpretaciones sobre puntos determinados, se levanta Socino y proclama: que la razón sola debe interpretar la Sagrada Escritura; que Dios no ha revelado sino verdades de razón, asequibles a la inteligencia humana; y por consiguiente que cuando los libros sagrados anuncian una verdad que parece exceder a la razón, conviene dar al texto una interpretación metafórica. Esto equivalía a borrar todos los misterios, engendrar la mas completa indiferencia en materia de religión y preparar el entronizamiento de la razón humana. Pero el espíritu humano debía dar un paso más: debía hacer surgir el deísmo que es la negación de toda religión positiva, y con él la eliminación del elemento sobrenatural, el imperio exclusivo de la razón en algunas cabezas cauterizadas, la desmembración del catolicismo; hé ahí a lo que, desgraciadamente nos ha conducido esa última evolución del principio del libre examen, llamada el racionalismo.—D. D.

El artículo 7.º en presencia de la razón y el buen sentido o las contradicciones de M. Julio Ferry por el B. P. Félix S. I.

CARTA PRIMERA

Julio Ferry y el artículo 7.  
Señor Ministro:

Está cercano el momento en que V. E. se prepara para la realización de lo que aparece como el mejor tiempo de su vida política y como la gloria inmortal del nombre de Ferry: el voto de la alta Cámara, en favor de vuestra ley sobre la enseñanza superior y especialmente de nuestro artículo 7.º, arrebatada de las comunidades religiosas no reconocidas por el Estado, la facultad de la enseñanza.

Este triunfo lo miráis como una cosa que no os ofrece duda ninguna; le veis avanzar y os parece estarlo disfrutando. Lo habeis anunciado a la Francia a la Europa, al mundo entero, con una convicción y el acento con que lo haría un profeta. Nada hay capaz de hacer estremecer vuestra certeza de que la victoria del artículo 7.º, a despecho de todas las contrariedades, está en adelante asegurada.

Vos, vos mismo vais ya con la frente radiosa y la sonrisa en los labios, subiéndolo con el artículo victorioso, el Capitolio de todas las glorias del presente; y escucháis desde lejos las generaciones del porvenir aplaudiendo al grande hombre de Estado, que [ha tomado] resueltamente y llevado a cabo una iniciativa la cual, habían retrocedido los mas ilustres de sus antepasados.

A pesar de las manifestaciones en sentido contrario de la opinión pública, manifestaciones tan imponentes y tantas veces renovadas; a pesar de las protestas de todo lo que hay de mas honrado, de mas respetable, de mas verdaderamente frances, sobre la tierra de Francia; a pesar de la espontaneidad y la extensión de una petición casi inaudita; a pesar del concierto de reprobación de mas de una mitad de los diarios de la capital y las provincias; a pesar de los votos expresados por vuestros mismos Consejos Generales; a pesar de la oposición que habeis encontrado hasta en los parages mas lejanos del mundo político; a pesar de la deserción de los hombres eminentes acostumbrados a militar con vosotros bajo las mismas banderas; a pesar del nuevo arrastramiento de las poblaciones hacia la enseñanza congregacionista, determinado sobre todo, por el programa de vuestros designios liberticidas contra esta misma enseñanza; en una palabra; a pesar de este inmenso testimonio de las almas que ha brillado en torno de vuestros proyectos, para rechazarlos condenarlos y desaprobarlos; a pesar de todo esto, os habeis determinado a llevar a cabo vuestra campaña contra las congregaciones religiosas y especialmente contra los jesuitas. Es una resolución tomada; es un compromiso; si necesitáis

el voto de nuestro artículo 7.º; habeis comprometido en ello vuestro nombre vuestro honor, vuestra fortuna, y como dicen algunos, hasta vuestra cartera; quereis vencer y llevarosla al mismo tiempo. Verdaderamente que es imposible una resolución mas grande. Y como todo hombre resuelto, anunciáis que no retrocederéis, vos lo habeis dicho, «ni un solo paso».

No se puede ser mas intrépido; y habeis añadido: «En caso necesario sabemos oponer nuestros pechos a las armas enemigas; no se puede ser mas heroico. Por lo tanto para vos, el artículo 7.º tiene por tema, vencer o morir, es el ser o no ser y para el que os escucha parece que consultais del oráculo, el destino. Este oráculo, os ha dicho: servís y venceréis».

Ciertamente que todo lo que ha sucedido de poco acá y sobre todo el ruido de vuestra marcha de triunfo a través de vuestras poblaciones, era mas que suficiente para encender vuestro entusiasmo y alentar vuestras esperanzas. En esas rápidas carreras que un publicista llamaba y con razón pasos agitadores ¿no habeis escuchado a las muchedumbres que hacían resonar en sus ecos por las ciudades y las colinas meridionales, este grito que repercutirá en la posteridad? ¡Viva el artículo 7.º! ¡Viva el artículo 7.º! ¿Como después de tales demostraciones no habeis de contar con el triunfo de vuestra causa? Como gesta voz del pueblo, no habia de ser para vos la voz de Dios? Para batir en brecha todas las oposiciones senatoriales, de cualquier parte que vengan y como quiera que se llame, no tenéis el mas poderoso de los argumentos el argumento de las ovaciones espontáneas? Si hemos de daros crédito, y como recuasar el testimonio de un hombre como vos, este cortejo de las ovaciones populares eran toda la Francia que os precedía y se precipitaba sobre vuestros pasos exclamando con el pueblo ¡Viva el artículo 7.º!

Me pregunto desde luego y no sin cierta ansiedad: ¿Como harán nuestros honorables senadores, para no obedecer la Francia que os sigue? ¿Y como no responder a la espontaneidad de vuestras ovaciones por la espontaneidad de su voto? Como enfin oponerse a Julio Ferry en presencia de la Cámara entera exclamando a Julio Ferry? A la verdad nuestros dignos senadores podrían preguntarse lo que prueba en favor del artículo 7.º el grito de Viva el artículo 7.º. ¿Qué deben tener de común podrán preguntarse, estas manifestaciones con vuestras deliberaciones?

Qué hemos de pensar, podrían añadir, de un ministro, autor de un proyecto de ley menudando el mismo de ciudad en ciudad, en favor de esta ley las aclamaciones de las multitudes y tratando de hacer pesar las demostraciones callejeras sobre los votos de la Cámara? Hé aquí lo que los miembros de la augusta asamblea podrán, aun antes de discutir vuestra ley, oponer a vuestro argumento de las ovaciones espontáneas.

Y vos mismo, señor Ministro ¿qué pensais en vuestro fuero interno, de esta manera bastante inusitada de demostrar la legitimidad de una ley presentada por vos mismo? ¿Que vienen a hacer en semejante debate manifestaciones, que por mas que se las proclame muy espontáneas, se ordena, se prepara y se organiza la voluntad para el triunfo de la causa?

Y por otra parte, si esos arranques de las ciudades, si esos gritos del populacho, si esos cantos de la marselesa prueba algun favor de Julio Ferry y de ese artículo 7.º ¿no os parece señor Ministro, que el mismo arranque de las ciudades, los mismos gritos del populacho, y los mismos cantos de la marselesa, prueba aun algo mas en favor de M. Luis Blanc y de su programa socialista. Pues se dice que el sol de la ovación J. Ferry, se ha eclipsado algo ante la ovación Luis Blanc, lo propio que esta ha palidecido ante la ovación Blanqui. Así, cuando estas soberbias personificaciones del socialismo que nos invade, vengán desde lo alto de la tribuna a leer su programa de desorden y sus manifestaciones de espoliación. ¿Que tendreis que responderles? No habrán visto como vos, las masas ardientes del mediodía aclamarle con entusiasmo, bastante mas «spontáneo» que el que V. E. ha podido ver brillar durante su tránsito? Entonces, que responderá el señor Ministro a estos nuevos triunfadores cuando vengán a su vez, mostrándonos las masas, que han seguido sus pasos, cuando le digan «va lo veis; la Francia está con nosotros; ha dado a nuestras ideas y a nuestros programas, por la explosión espontánea de su entusiasmo, la consagración de un sufragio nacional».

Sin duda a estas intimaciones hechas a nombre de la aclamación popular responderéis: ¿Que prueba esto? ¿Que pueden demostrar en favor de los programas Blanc y Blanqui, y de todos los Blanquis de su radicalismo extremado y de su socialismo extravagante? y tendréis razón, jamás habríais tenido mas razón. Y sería menor la razón de nuestros senadores, cuando en los debates que va a recomenzar a propósito de vuestra ley, preguntaran lo que prueban en favor de la ley Ferry las ovaciones hechas a Mr. Julio Ferry.

¿Qué piensa el señor Ministro?

Es necesario que S. E. se prepare para traer a la augusta Asamblea, otros argumentos que el ruido de la calle, los gritos del populacho, los cantos de la marselesa y sobre todo, argumentos

mas comprobantes que el grito tan dulce a vuestro oído ministerial; ¡Viva el artículo 7.º!

Pues hay mucho que temer que esta aclamación tan repetida, lejos de mostrar ante el criterio de nuestros senadores la justicia de vuestra causa, no demuestre sino con demasiada evidencia el peligro social del artículo 7.º, que es para el mundo todo como la palabra de orden de la impiedad y de la demagogia, como un grito de guerra declarado al Cristo, a sus doctrinas y a sus servidores, y, dejadme añadir, como un principio de guerra declarado a la sociedad misma, por este socialismo que haceis profesión pública de combatir y destruir.

Podríais ignorar que las mismas masas que lanzaron en rededor el grito de viva el artículo 7.º; se les ha oído gritar ¡viva la amnistía plena! y otras veces, ¡Viva la Comune!

(Continuara.)

## Cuerpo Legislativo

Camara de Representantes

Sesion del día 23 de Febrero de 1880

PRESIDE EL SEÑOR FIGUEROA

Diputados presentes: Anaya, Terra, Rouen, Vial, Latorre, Borda, Insaurralde, Bauzá, Otero, Chacorro, Martínez (D. Francisco), Vica, Páez, Montero, Zar, Requena y García. Nin y González, Martínez (D. E.), Dauber, Ximénez, Soler y Matorel.

A las 3 1/2 de la tarde se abrió la sesión. Leída y aprobada el acta anterior se dió cuenta de los siguientes asuntos.

El P. E. acusa recibo de la nota de fl. 20 del corriente llevando el Decreto, por el cual se manda convocar al Sr. D. Manuel Sterling, suplente de Representante por el Depto. de Paraguay—Archivado.

La Comisión de Legislación se ha expedido con los siguientes asuntos:

En la solicitud al P. E. por varios vecinos de Rocha, pidiendo la creación de un nuevo Depto. que tenga por capital aquella Villa.

En el Proyecto de Ley, elevado por el P. E. estableciendo en todos los puntos donde existen Juzgados de Paz, un registro para la toma razón de escrituras de ventas, permutas y donaciones de todas clases de bienes raíces.

Proyecto de ley, presentado por varios Representantes, creando un nuevo Departamento denominado «Rio Negro» cuya capital será el pueblo Independencia.

Proyecto de Ley, remitido por la H. Cámara de Senadores, prorogando el término establecido para la revalidación de los matrimonios contrahidos por los no católicos.—Repátese.

La Militar. En la solicitud de don Mauricio Alvarez ex-soldado del Batallón 2º de Cazadores, pidiendo cédula de invalido.—Repátese.

Don Tullio Freyre, ocurrencia V. H. por derogación de justicia que parte del P. E. y solicita de acuerdo con la ley de 5 de Mayo de 1838 se le mande dar el retiro en el empleo de Inspector científico de Sanidad que desempeñó.—Peticiones.

Acto continuo el Sr. D. Alberto Flangini prestó juramento de estilo quedando reconocido como representante por el Departamento del Salto.

El Sr. Requena y García solicitó de la mesa se diese lectura de un proyecto sobre reformas en el Código de Procedimientos Judiciales, de que es autor el cual pasó a la Comisión de Legislación para su estudio y dictamen.

El Sr. Nin y González solicitó se reasaban del P. E. los expedientes núm. 1257 71.480 que existen en contaduría.

Por votación nominal fue nombrada la Comisión de cuentas.

Resultaron electos los S. S. Montero, Idaranda y Requena (Dr. José Pedro). Fué aprobado en general el siguiente art. 1º Declárese que los empleos de funciones científicas o profesionales que por el artículo 12 de la Ley de 13 de Julio de 1874 se permiten que sean desempeñados por extranjeros, haciendo excepción a las prescripciones generales que reserva todos los empleos públicos a los ciudadanos naturales o legales, son aquellos que para su desempeño requieren conocimientos especiales de ciencia o arte.

Art. 2º Declárase asimismo, que aun en esos casos excepcionales, la ciudadanía natural o legal constituye un título de preferencia en igualdad de las demás condiciones.

Art. 3º Comuníquese etc.

Habiendo terminado la orden del día se levantó la sesión.

## Correo del Pacifico

Por vía terrestre hemos recibido diarios de Chile, cuyas últimas fechas llegan al 8 del corriente.

Los diarios vienen completamente desprovistos de noticias, no solo de interés, sino que ni siquiera en sus editoriales y otras secciones se registra nada que revele que por aquellos países hay una guerra pendiente.

Las noticias del Perú, en cambio encierran interés, aunque no sea debido mas que al cambio de gobierno que se ha efectuado, y las continuas y enérgicas medidas que emplea el Jefe Supremo.

Por hoy nos limitaremos a publicar, tomando del Nacional de Lima el mensaje que D. Nicolás de Piérola leyó en la inauguración del Consejo de Estado; así como la contestación a dicho discurso, dada por Su Señoría, Justicísimo el R. Arzobispo, presidente del Consejo de Estado.

Hé aquí, ambos documentos: Honorables señores: Al recibir en la situación mas difícil que sea dada imaginar para un pueblo, la inmensa carga que el Perú ha colocado sobre mis hombros, mi primera preocupación ha sido buscar en las luces y la experiencia escogidos y rectos ciudadanos, además de mis inmediatos consejeros, vuestro provechoso concurso en las árduas tareas del gobierno de la república.

Si algún momento de alivio puedo experimentar, en medio de las amarguras que la patria saborea en estos momentos, es el de vuestra instalación solemne con toda la solemnidad de la situación para el Perú.

Profundamente nuestro territorio, por consecuencia de sucesos, de los que aparto resultando, ante los ojos para no encender la indignación, pasando insolente por nuestros mares el pabellón enemigo, el patriotismo gime de impaciencia, por correr en busca de él, llevando en las armas nacionales la vindicta de nuestra honra, la sanción del derecho holandado; y es en vuestros pechos la dulce esperanza de los días que corren, que todas las fatigas de la campaña y la lata—nuestra suprema y única ambición en este instante.

El mundo estima entranablemente, yo no lo dudo, nuestra presente actitud.

Derrumbando el Perú, en un solo instante, con pasmosa uniformidad y por un simple acto de su voluntad soberana, el viejo orden de cosas, ha alzado ante los demás pueblos, la mas elocuente protesta contra los sucesos realizados, y vindica al su comando de victorioso que sus quebrantos y contrastes no eran su propia obra.

Destruída nuestra flota; destruido nuestro ejército y desarmado no por el empuje y el poder del enemigo, sino por nuestros propios conductores, que nos dejaban al mismo tiempo sin tegoro, ni crédito; pero rodeados de todo género de problemas interiores y exteriores, el Perú se ve obligado a reconstruir, por uno de esos esfuerzos omnipotentes que levantan a los pueblos a las alturas del poder y de la gloria, sus afrentes de combate. Y cuando sin perder instante, ni omitir esfuerzos se pone a reconstruir a la obra, nadie podría ver, en la paciencia y fatigosa tarea de hoy, otra cosa que la seguridad del triunfo de mañana.

A esa labor asientan con simpatías las naciones del nuevo y viejo mundo, que hacen justicia a nuestro derecho y a nuestra inquebrantable voluntad de sostenerle, cueste lo que costase, y con los cuales mi gobierno nada omite por estrechar las cordiales relaciones que con ellos mantenemos.

Bolivia, sobre cuya actitud han arrojado las ocurrencias de los últimos desastres injusticias sombras, se ha levantado también vigorosa para defenderlos, despidiéndolos desde a sus autores; y ha estrechado sus vínculos con el Perú hasta el punto de hacerse muy difícil distinguir en verdad que se ha hecho la accidental separación creada, por el acto puramente político de 1834; fusión magnífica de dos pueblos que la nueva campaña presentará a los ojos de todos, sellada por el común esfuerzo en el combate, al servicio de la causa común.

Nuestros desastres, honorables señores, tienen sino una sola explicación. Son el fruto necesario del malestar interior; y al propio tiempo que el éxito de vuestras armas acabara de conjurar este malestar, se haría imposible si no fuésemos eficazmente la mano sobre él.











